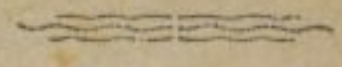
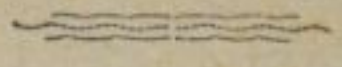


XT61 1904
~~SA 9502/A~~
(259)

CASTRO EN CARABOBO



LAS GRANDES FIESTAS



TRASCENDENCIA NACIONAL



41

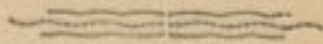
CARACAS

TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

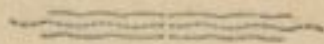
1904

42

CASTRO EN CARABOBO



LAS GRANDES FIESTAS



TRASCENDENCIA NACIONAL



CARACAS

TIP. J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

1904


Harvard College Library

APR 5 1915

Gift of
Prof. A. C. Coolidge



PREÁMBULO

SCRIBO con alegría. Voy á reseñar las fiestas celebradas en honor del General Castro en Carabobo. Voy á meterme en el alma del pueblo, de este pueblo venezolano, no educado todavía pero propicio al amor y apto para el bien. Voy á consagrarle las flores de mi pensamiento á ese Adalid moderno que treme en la batalla como una visión apocalíptica, llevando la victoria en la punta de su espada, y después siembra las mieses del afecto en el corazón de sus conciudadanos co-

mo una promesa de días de ventura para la Patria. De ese nuevo Conquistador de la Admiración y del amor, que es alma de la República, aliento del pueblo y legítimo producto de una raza vigorosa que va tomando ya fisonomía propia en el suelo candente de la América. De Cipriano Castro, subyugador de voluntades, derrotero de luz, substancia de actividad y respeto de Venezuela.

Carabobo llegó á lo épico en nuestra Magna Guerra. Sobre su suelo se abatió el León hispano, surgió COLOMBIA envuelta en resplandores. Errores é imprevisiones de sus hijos hicieron cundir el desaliento en la épica tierra. Las guerras familiares salpicaron de sangre sus campos, extraviaron el criterio, produjeron la miseria, llevaron la tristeza. Y la tristeza, como una Musa doliente extendió su manto de desolación sobre el territorio. Y las lágrimas corrían, y las esperanzas fallaban, y la vida se agotaba como una lámpara sin combustible, lentamente, pausadamente, zozobranete.

Esa era la vida de Carabobo hasta los primeros días de este mes de diciembre. Anunció su visita el RESTAURADOR, y Carabobo sufrió la divina hiperestesia de la Alegría al anuncio de este Taumaturgo portador de la Vida. Y Carabobo vivió; y Carabobo cantó un himno de resurrección; y Carabobo dijo, en un grito estentóreo, la alabanza al Caudillo y su gratitud al Bienhechor.

¡ Bien hayan los hombres que llevan en su sér todas las fuerzas de un Pueblo, y todos los ideales de una raza en gestación !

DIA QUINCE

LA LLEGADA DEL GENERAL CASTRO

VALENCIA renacía. Los corazones, tocados de contento, preludiaban la música de un himno. Era el 15 de diciembre. La ciudad se engalanaba. Los pabellones flotaban al aire, sonrientes. Las calles se colmaban. El entusiasmo viajaba, como una onda de esperanza, del centro á la circunsferencia, inundándolo todo en la sana alegría del vivir, en el agua lustral del patriotismo. Venía Castro; venía el Salvador de la honra nacional; venía el Reformador; venía el conquistador de la gloria, el conquistador de la admiración, el conquistador del amor. Venía. Y cada hogar palpitaba de entusiasmo; y cada corazón se preparaba á la ofrenda; y el pueblo, fortalecido con nueva savia de esperanza, cantaba en su música bárbara la bienvenida y se iba al encuentro del Caudillo.

Dió el aviso la locomotora. Resonaron las ruedas á lo lejos contra los rieles brillantes. Bufó la máquina poderosa ya cercana. San Blas! Víctor Rodríguez estaba allí, y Pedro Linares, y Manuel Landaeta Patiño. Dos veteranos de la guerra los primeros: un veterano social el último. Representaban el Estado, las armas nacionales y la sociedad. Y tras ellos, que eran las cabezas

visibles de la bienvenida, la ciudadanía, en grupo admirable y fervoroso, dijeron al General Castro la palabra regocijante de Valencia.

Y el tren partió rápido á expirar en la próxima estación: Camoruco! Allí estaban el Poder Legislativo del Estado, el Concejo Municipal, el Clero, el Poder Judicial, Gobernador del Distrito, representantes de los otros Distritos del Estado, de los Concejos Municipales, de las Corporaciones Civiles, de algunas Legislaturas Seccionales, y la gran masa popular que invadía la estación como un homenaje á la cabeza magna de la República. Y el cañón, con su potente voz sonora, dijo á la ciudad que ya estaba en ella su Amigo. El Amigo, sí, porque había salvado á Venezuela de la vorágine de la anarquía, aplastando revoluciones insensatas. El Amigo sí, porque había tenido suficiente energía para salvar á Venezuela de la humillación extranjera, *que malos hijos habían provocado.*

Aquello era un hervidero de gente. El alma popular bullía en todas sus manifestaciones, ávida de demostrar al Representante su gratitud y su amor, su admiración y su regocijo.

«¡¡Viva el General Castro!!» «¡¡Viva el Jefe de la Restauración Liberal!!».....«¡¡Vivááá!!!»

Y el grito de victoria repercutió por Valencia galvanizándola como una tempestad de entusiasmo.

La amplia Avenida Camoruco era una sola ola viviente. Los carruajes partieron pausadamente, y á cada lado de la vía el bullicio de victoria continuaba, se extendía, tomaba proporciones de

apoteosis. Los arcos triunfales recordaban el paso de los ínclitos salvadores de Roma justiciera. Las banderas saludaban al Caudillo; los gallardetes flotaban al viento como una sonrisa y los árboles de las márgenes inclinaban sus verdes copas, movidas á compás, como una salutación de la naturaleza. La comitiva avanzaba. La ola crecía. Los arcos triunfales se erguían orgullosos al mimado de la gloria.

«¡ Viva Castro!!» «¡ ¡ Vivááá!!»

Y el vóctor se acrecentaba, y el alma popular se enardecía, y el viento batía las copas de los árboles, y hacía crepitar las banderas en vertiginosos movimientos, y ponía música infantil en las frágiles banbalinas de papel entrelazadas por la vía.

El último arco triunfal dió paso al Héroe y pocos momentos después llegaba á la espaciosa morada que la previsión amistosa le había preparado. El señor don Pedro Francisco del Castillo había ofrecido su habitación al General Castro y allí pasó éste la primera noche carabobeña. Noche de triunfo y de alegría, había luz en las almas y esperanzas en los corazones. La Plaza Bolívar fué centro de animación y los fuegos artificiales semejaron lluvia de estrellas en una noche venturosa.....

El Héroe reposaba. Pocas horas después iría á saludar á la aurora.

DÍA DIECISEIS

Y la aurora vino como una reina joven, engalanada de joyas y ataviada de púrpura. Y con ella vinieron los homenajes sinceros, homenajes de un pueblo que despertaba á nueva vida, los cuales se tributaron hasta la hora del *Te-Deum*.

LA IGLESIA MATRIZ

NUESTRO viejo templo Mayor se vistió de gala. El Señor de los Ejércitos; el Señor de las Naciones; el Señor que infundió en el alma de Cipriano Castro el Aliento de la victoria, el Espíritu generador de la Fuerza, el Amor sagrado de la Patria, estaba allí. Y como estaba allí se le venía á rendir el homenaje á su Poder. Y la concurrencia invadió el Templo, y el Señor recibió el homenaje.

Por las amplias naves, en el recinto de las capillas, por los nichos abiertos, la música se extendió en ondas sonoras; llegaba potentemente hasta las bóvedas del templo y de allí retrocedía

en infinita, furiosa alegría, buscando las puertas para decir á la ciudad que el espíritu del Señor cantaba en sus notas. Las veinte y seis voces humanas, voces varoniles, voces femeniles, limpias, cristalinas, alabaron al Señor en la magia del Arte y llevaban á los espíritus la suave caricia de la Belleza.

Y el sacerdote en tanto elevaba las preces, y Dios bendecía á su pueblo y le señalaba á Castro como el Elegido por El para conducirlo á la tierra de Promisión del bienestar y de la gloria.

*

LA RECEPCION OFICIAL

EL espacioso edificio que sirve de base á los Poderes públicos del Estado, recibió en su seno al General Castro, y el Salón Legislativo fue el escogido para la Recepción Oficial. Desfilaron ante el Héroe todos los representantes de las corporaciones públicas de la localidad y de otros Estados y los de los institutos privados. Iban á decirle á Castro la palabra de congratulación de la ciudadanía de Venezuela, y á rendirle el homenaje de su gratitud. Habló Castro, y su verbo subyugador dominó el recinto del Capitolio.

*

EL BANQUETE

A las doce del día fué el Banquete popular. El General Castro, seguido de numeroso séquito, se dirigió á Camoruco, lugar destinado para el obsequio, en los alrededores de la Cervecería. Los campos vecinos enviaban su gente, y allí había más de seis mil ciudadanos, la fe en los rostros, el amor en los corazones, á ofrendarle á su Protector la ruda sencillez de su ingenuo cariño. El Banquete fue ofrecido á nombre del Estado por el Secretario General, señor doctor Andrés Octavio Jiménez.

Aquello revistió toda la belleza de los actos populares. Aquellos rudos hombres, sufridos y entristecidos por la desgracia; esos hombres, materia prima donde se condensan las grandezas futuras, columnas del edificio de la patria, sustancias de Arte inexplorado, se encontraron frente á frente con el Elegido, y en sus almas como que revivió el recuerdo de los días buenos, y en sus labios se les marcó una sonrisa, y pusieron en sus corazones la fortaleza de una esperanza. Y aclamaron al Elegido porque sabían que era él la expresión de sus anhelos.

La nota fraterna fué lazo de unión. La palabra echó á volar las ideas. Nada de discordias, nada de amargos recuerdos. Sí! hubo un recuerdo,

si no amargo porque era obra del Destino, sí triste porque tocaba el corazón del Jefe.

Castro guerrero condujo á la victoria á una pléyade ilustre de guerreros menores: sus compañeros, sus adictos, sus leales. Muchos de esos compañeros cayeron sin vida en los campos de batalla, y el Jefe los recordaba ahora, en medio del regocijo, para glorificarlos, para enseñarle al pueblo el culto por los seres idos, como un padre amoroso impone á sus hijos la veneración por los hermanos desaparecidos. Castro llamó á su corazón sus muertos queridos porque él no podía olvidarlos en los momentos en que recibía los agasajos del triunfador. Bolívar se llenó de dolor á la muerte de Girardot; Alejandro lloró la de Efestión; Napoleón se enterneció cuando cayó sin vida Lannes. Los caudillos aman á sus subalternos como á hijos. Yo alabo á Castro porque en ese acto le he visto el corazón. Es de nobles venerar la memoria de los que fueron al sacrificio por la patria y por su Jefe.

*

PASEO MILITAR

EL Ejército nacional acantonado en esta plaza efectuó un paseo en la tarde de este día. Brillante fué la recorrida, por el atavío de la tropa y la instrucción y disciplina desplegadas.

*

LOS TOROS

AL final de la Avenida Camoruco se construyó la cerca, como de trescientos metros de extensión, donde iban á efectuarse en tardes sucesivas corridas de toros coleados. Numerosos palcos se levantaron de trecho en trecho, y en mitad de la vía se construyó uno especial á manera de puente para las familias venidas de Caracas. En un capítulo del día 17 haré la descripción de la corrida.

*

EL SARAO

EL Gobierno del Estado y la Ilustre Municipalidad de Valencia ofrecieron una fiesta social al General Castro en la casa de habitación del General Víctor Rodríguez.

Música, mujeres radiantes de belleza, flores, luces, festones, entusiasmo en las almas, vida nueva, aquel conjunto de arte venía á decir al Jefe que era la hora de la paz, la hora del regocijo íntimo, la hora del galardón.

El General Rodríguez y el doctor Jiménez,

representantes del Gobierno del Estado, y Gonzalo de Castro, Presidente de la Municipalidad, podían estar orgullosos del obsequio, porque congregaron allí cuanto de más selecto crece al amparo del cielo valenciano. El buffet, suntuoso; la música, admirable; las flores, en profusión; la combinación de luces, encantadora; y, la cordialidad, reinando en los corazones. La Musa de la danza calzó el coturno, y las horas pasaron breves, suaves, en medio de la deliciosa fantasía del baile.

Contento estaba el Jefe del País. Sonreía con el íntimo regocijo del viandante que llega á un oasis. Galante con las damas, éstas recibían el homenaje del guerrero complacidas. Parecía que miraban en él todas las fortalezas y todas las salvaciones. Sobre todo, la salvación de la Patria, porque en la salvación de la Patria estaba la salvación de los seres caros á sus corazones: sus padres, sus hermanos, sus prometidos, sus esposos, árboles á cuya sombra habrían de vivir y que habían menester riego.

La madrugada llegó anunciando el crepúsculo. La música apagó sus últimas notas, y la memoria grabó un recuerdo más que perdurará en cada uno de aquellos galantes concurrentes.

*

DIA DIEZ Y SIETE

LA CEREMONIA LAPÍDEA

NUESTRO viejo Puente Morillo; nuestro arcaico puente de piedras, levantado con lágrimas de la Colonia y músculos de patriotas, se había derrumbado. Yo no quería ese puente. Cuando yo vine á la vida me arrullaron con leyendas bolivianas, con cantos patrióticos, con el recuerdo de los héroes que me dieron un pedazo de tierra. Mi abuelo había muerto cuando vine á la vida; pero el hermano de mi abuelo vivía. Un viejecito de ochenta años que peleó en Carabobo y amaba la memoria de Bolívar con fanatismo, con delirio, y amaba á cada uno de los compañeros de Bolívar. Mi niñez pasó al lado de ese viejecito querido, y él formó en mi corazón el culto por los héroes y mi amor por la Patria. Yo amé mi Patria y sus héroes desde la infancia. Con amor infantil, con amor romántico. Y esa misma calidad de amor perdura todavía. Mi querido viejecito me contó la historia del puente y desde entonces no lo quiero. Cuando se derrumbó, recuerdo que exclamé casi inconscientemente, infantilmente: «¡Bien hecho!»

Pero el puente era necesario. El General Castro decretó su construcción con el nombre de «Puente

Restauración,» y en la mañana del 17 se dirigió al sitio para cumplir la ceremonia de la colocación de la primera piedra. El Presidente del Concejo, el entusiasta Gonzalo de Castro, dió las gracias á nombre del Distrito. En seguida habló Castro y me llenaron de regocijo sus palabras porque me recordó á mi viejecito amado. El pasado era luctuoso, el presente era una promesa, el porvenir era la gloria. Fue necesario que aquélla obra se derrumbase: era el pasado sangriento. Castro establecía la división de las dos épocas: aquella, triste, sombría, sin ideales, y esta otra, luminosa, que señala el camino del futuro dichoso. Esta época, creada por Castro con savia de juventud y de energía, envuelta en sus ideales, trazada con experticia del matemático consciente.

*

EL PIC-NIC

A las 11 de la mañana se dirigió el General Castro á la bella Quinta del señor Mariano Revenga, donde se le tenía preparado un obsequio ofrecido por el comercio de Valencia.

La casa, á la entrada, era desdeñada en seguida para gozar del espectáculo arbóreo. Ancho campo se extendía á la vista limitado por la corriente del río. Los árboles, los quioscos, los pabellones, ofrecían su sombra á la concurrencia. Las cantinas activaban el despacho. La música

parlaba en su lengua sonora la magia de sus ritmos. Las damas desgranaban las perlas de su alegría y la naturaleza rimaba madrigales al compás de los vientos, al calor de su sol, en las verdes hojas de los árboles. Todo era contento. El alma se ensanchaba. Cipriano Castro estaba en todas partes. A todos atendía; á todos subyugaba. Llegó la hora de ofrecer el obsequio y el señor Ernesto L. Branger lo hizo á nombre del Comercio en breves y elocuentes frases. Contestó á ellas el Caudillo en una brillante improvisación llena de matices diversos, predominando la nota fraternal, el llamamiento á la unión que es el imperio de la paz y la estabilidad futura. Recordó sus luchas, luchas bravías, en las cuales mientras tenía que responder á la agresión extranjera estaba obligado á someter la rebelión interna. Y lo venció todo por amor á su patria. Y ahora que el horizonte estaba claro, que el triunfo era insólito, él abría los brazos y se confundía en el núcleo nacional. Esto es grandeza, esto es suficiencia, esto es heroico. Nada para él: todo para la patria. Y le dijo á los venezolanos que fueran más cuerdos, que pensaran más en la patria para que fueran respetados. Y agregó que mientras él alentara Venezuela estaba salvada, porque él respondía que nunca jamás sería hollado el honor nacional. Y la elocuencia brillaba en sus ojos y la convicción se manifestaba en todos sus ademanes. Fué aclamado y la tempestad de aplausos atronó el ancho espacio campestre.

La música invitó al baile, y en la sala, en los corredores, en el vestíbulo, á la sombra de

las arboledas, las parejas danzaban acortando las horas y espiritualizando la vida.

A las 4 de la tarde dijimos adiós á los árboles, que se quedaron tristes.

*

LA CORRIDA

QUIERO hacer constar que mi espíritu rechaza esas luchas de la fuerza bruta, en que los hombres se empeñan contra las fieras. No obstante eso, adivino las emociones de los ginetes que se van en carrera vertiginosa tras la cola de un toro con el anhelo de derribarlo. El espectáculo antiguo, heredado de la rudeza española está latente en el espíritu del pueblo.

*

La calle, amplia y plana, ha sido cercada en sus márgenes y extremidades en una extensión de trescientos metros. Hacia el Sur está el lugar destinado al encierro de los toros. Inmenso gentío invade las barreras, se posiona de los palcos, entra en el coso, va y viene, rebulle, se codea, ríe, grita, exhala su fuerte aliento en la atmósfera pesada por el polvo. Los ginetes lucen sus caballerías enjaezadas artísticamente; sólido el

estribo, firme el asiento, fuerte el freno, se van por la calle haciendo cabriolas, mirando á todas partes, buscando los palcos donde están las damas que habrán de prenderles en el pecho los lazos de cintas ó los ramos de flores á los que entre ellos tengan la habilidad de hacer rendir la cerviz al bruto de afilados cuernos.

Un grupo se despide hacia el corral. Van á «sacar» el primer toro á la arena. *Je! je! je! je! Hap! hap! hap!* Y el toro, sorprendido por el ruido de los cascos, aturdido por los gritos de marcha, se desprende veloz, huye buscando salvación y alza la cola como un timón que habrá de marcarle el rumbo. El jinete la toma en su mano, le da una vuelta en ella y azuza al animal para que corra á la par de su caballo. Corre cincuenta, ciento, doscientos metros, y cuando lo cree oportuno tira con fuerza del apéndice, enarca el cuerpo, se abre en guardia, maneja el freno y el rey de la pampa cae vencido en tierra humillado por el hombre. Las manos de los espectadores se mueven delirantes, y el aplauso resuena como una música gloriosa que canta en los oídos del vencedor. Y en seguida el pecho del jinete ostenta el galardón ofrecido por manos femeninas.

Empieza el entusiasmo; comienza la emulación. Otro toro ha salido. Todos quieren derribarle. Todos quieren asir la cerda. Son cuatro, seis, diez jinetes. Corren, corren. El novillo va adelante, el pánico en los ojos. Sus perseguidores se inclinan y multitud de manos á la vez tocan el apéndice. «¡Es mía!» «No, mía!» «Mía!» grita otro, y en la espantosa vorágine se arremolinan,

se atropellan, cae uno en tierra, se disuelven y sólo quedan dos asidos de la cola como dos naufragos que luchan por la vida. «¡Canalla!» dice el uno: «suelta, suelta!» Y aquellos dos enfurecidos combatientes no ceden hasta que el más débil deja el campo y el otro triunfante rinde la bestia de la pampa.

«Bien! bien!» «Bravo! bravo!»

Y el vencedor es aclamado y condecorado.

Sale otro toro. Este corre en galope corto, retrocede, busca las barreras, inclina la cerviz, enarca los cuartos delanteros y holla la tierra con coraje. Los ginetes mueven las riendas en todas direcciones, dirigen sus caballerías de un lado para otro. Temen. Las cercas son coronadas por la multitud, ávida de emociones; los muchachos corren de los extremos al sitio donde se divisa mejor la fiera. «Que lo toreen! «Que lo toreen!» Y sale un aficionado, un fanático, blusa en mano; se le enfrenta al bicho, lo llama y éste parte como una flecha, los ojos encendidos, la espuma en la boca, ávido de herir, ganoso de sostener en sus potentes cuernos la mísera carne humana. Pero el rústico torero evade la agresión. «Pasa» una, dos, tres veces y el toro burlado se va como un amante desdeñado.

*

El General Castro asistió á estas corridas, y allí estaba en su noble corcel, en medio de la

multitud, sin alarde de fuerza, sin un soldado que lo custodiara porque el pueblo era su custodia y su corazón su escudo.

*

EL COLEGIO NACIONAL

EN la noche de ese día se celebró en el Colegio Nacional de niñas una velada artística en honor del Presidente de la República. Revistió toda la esplendidez que sabe imprimirle la Directora del instituto señorita Isabel Salom á sus fiestas. Se representó un cuadro vivo sobre un asunto patriótico, organizado por el doctor Adán I. Alvarez, se pronunciaron discursos, se recitaron versos y la música se extendió por el recinto como una caricia armónica.

*

EL GENERAL CASTRO

CUANDO pocos años atrás me ponía yo á meditar en la suerte de mi país, lo veía pobre, entristecido, sin rumbos, sin ideales; el elemento popular desorientado, fija la mirada en multitud de caudillejos que pretendían surgir de entre despojos; la juventud humillada, sin iniciativa, sin

campo de acción, á merced de un sargentón que le arrojara un pedazo de pan; la llamada clase directora sin energías, anémica, degenerada; cuando veía todo eso, una tristeza infinita me invadía y pensaba en los días desoladores sin patria, en los días sombríos sin honra, en los tristes días de la orfandad. Mi alma gritaba una imprecación y llamaba los buenos días genésicos de la libertad: los días del sol boliviano, refulgentes de gloria y plenos de luz.

Yo tenía esperanza, sin embargo. Yo sabía que los pueblos no mueren así, sin un esfuerzo. Sabía que del seno de las catástrofes surge la vida y que la Naturaleza continuamente labora substancia y la condensa en fuerza. Sabía que del seno de los pueblos abatidos salían los formidables conductores, los reformadores, los gloriosos Caudillos. Del pueblo esclavizado de Israel surgió Moisés como un astro. Del pueblo degenerado de Judea salió Jesús como un consuelo universal. La Francia de Luis décimosexto con la fuente de sus lágrimas fertilizó el campo de la Revolución, la que á su vez produjo al Coloso Corso. De los ayes del pueblo de la colonia, aherrojado durante trescientos largos años, surgió Bolívar como un rayo olímpico que hizo la luz en el entenebrecido cielo de la América.

Del desaliento del pueblo venezolano, de la inmisericordia de su dolor, se levanta Cipriano Castro infundiéndole la chispa sagrada de la Vida é interponiendo ante él el escudo del respeto.

Yo esperaba al Iniciado, al Elegido, al Jefe, porque creo en la eficacia de las Jefaturas enér-

gicas y bien encaminadas, en estos países jóvenes.

Y el Jefe llegó como una aparición. Sorprendió á Venezuela. Acostumbrados los hombres á las debilidades, no creyeron en aquella fuerza. Pensaron derribarlo. Creían esto muy fácil. Pero el caudillo se irguió con su grande alma y «ahogó la anarquía con los poderosos anillos de su energía» y «venció la revuelta en el propio campo de la rebelión.» Respondió con honor y entereza á la agresión extranjera y estranguló con su firme mano á los enemigos internos. Y cantó el himno de victoria, y salvó á Venezuela de todos los peligros. Entonces lo creyeron; entonces se dieron cuenta de la talla del hombre.

Y aquí está Cipriano Castro, como una antorcha, iluminando el espectáculo de una Epoca Nueva y demoliendo con su piqueta poderosa las fealdades del pasado.

Yo veía á este hombre singular, lo observaba, seguía sus movimientos, atendía religiosamente á sus palabras y me llenaba de profundo regocijo porque tenía ante mí al Conductor de mi pueblo, como una substancia de la savia nacional.

Activo, nervioso, inquieto, este hombre no descansa. Está hecho con médula de energía, con alientos de león. Recuerdo que un visitante, admirado de tanta actividad, le dijo: «General, usted es incansable; porque no sólo tiene usted que atender á los obsequios, estar en todas las fiestas, recorrer las calles de la ciudad,

oir las innumerables alabanzas de sus admiradores, escuchar la voz quejosa de los necesitados, sino que debe tener usted un enorme trabajo intelectual, en la política, en la guerra, en la administración, en la cancillería.» Y el General Castro, sencillamente, con firmeza de convencido, mirando á su interlocutor en los ojos, le respondió: *Y lo tengo todo al día, amigo!*

*

Los hombres superiores no ignoran nada. Sus cerebros, conformados para todas las manifestaciones de las artes, son un gran centro productor. Para ellos, la poesía, la literatura y la oratoria le son familiares. Cipriano Castro produce. Las ideas salen de su cerebro pulimentadas, tersas, enérgicas. Ha escrito mucho en su estilo de dominador, candente, elevado. Y su palabra, que fluye de sus labios como un torrente, es manjar para las multitudes y convencimiento para los doctos. Feliz para la improvisación, acomete un asunto, lo saca á flote, se enardece, se electriza, y sus palabras vuelan como mensajeras de ideas en medio de un estruendo de aplausos. Y es oportuno en todo. Para cada acto, una idea nueva, expresada en su verbo de acero. Tuve la fortuna de oirlo en el banquete popular, en la ceremonia de la Primera Piedra del «Puente Restauración», en el *Pic-Nic*, en el *Garden Party* del Club «Centro de Amigos», en la manifestación popular que fué á

felicitarlo por la libertad de los presos. Y todas aquellas improvisaciones fueron brillantes, elocuentes, resaltando en todas la nota patriótica, de un patriotismo sagrado, puro, fanático. Cuando el Elegido habla de la Patria, su rostro se ilumina y sus ojos despiden luces milagrosas. Sabe que él es su salvador, que él es su guía, que en sus manos está su porvenir. Y recordando á un patricio romano dice, que «primero habrá de pararse el sol en su carrera que él separarse una línea del cumplimiento de su deber, que es la salvación de la Patria.»

Con un hombre así, con una energía así, con una fuerza así, Venezuela puede marchar tranquila por la vía del progreso. Se acabaron las guerras familiares, se acabaron los odios. Empieza la Vida Nueva!

Cualquiera de los que no ven la vida sino por las facultades que poseen, supondrían que un Jefe de Nación, y sobre todo un Jefe como el General Castro, que ha pasado por cima de todas las vicisitudes para vencer á una época refractaria á lo nuevo, no tuviera tiempo más que para los intereses públicos. No. El General Castro le atiende al detalle más pequeño, teniendo en la mano las riendas del conjunto. No se olvida de nada. Tiene una memoria prodigiosa. En las horas de reposo, en tertulia amigable, estaba por ahí cerca un hombre buscando un momento oportuno para saludar al General. Se le acerca, le tiende la mano: «Cómo está el amigo.» «Usted no recuerda de mí General», le dice. «Cuando entré triunfante en Nirgua fui á

la casa de usted, conocí su apreciable familia, señor..... ¿Están bien por su casa?» Contestó el General Castro dejando admirados á los concurrentes y gozoso al buen señor nircüeño.

Al siguiente día fuí á saludar al General y también se acordó de mí.....

¿Puede pasar algo inadvertido para Castro en Venezuela? ¿Maneja bien las riendas del Poder? ¿Reassume el alma nacional?

Venezuela cuenta con un Guía que la conducirá á la cumbre.

Mi patriotismo está satisfecho y canto el *hossanna!*

LA SEÑORA DOÑA ZOILA DE CASTRO

ELEGIDA la compañera, la compañera se adaptó al temple de acero del alma del Caudillo. Mujer de un Héroe, ella también es heroína del Bien. Tiene la actividad del compañero y se le van los ojos tras él cuidadosa de complementarlo. Se hace amable á todos; impone la simpatía y el respeto. Vivaz de carácter no se le va un detalle. Alma noble sabe que está en la cumbre y que abajo queda gimiendo la desgracia; y ella ahullenta la desgracia con sus manos colmadas de dones. El esposo tiene un desprecio profundo por el peligro, pero el peligro que ella se figura que va á herir al compañero,

le produce un sobresalto y una nerviosidad indescriptible. Ella cuida á su héroe, al que la llevó á la cumbre, á su fortaleza y su vida.

Doña Zoila es elegante, de finos modales, llena de la suprema gracia de la simpatía. Atrae los corazones como una ofrenda al esposo; cierra la fuente de las lágrimas ajenas y derrama el bálsamo del consuelo sobre las almas. «Qué buena es misia Zoila!», decía á coro el pueblo de Valencia; y aquella sugestión de alabanza popular invadía todos los hogares, se iba á las cabañas humildes, flotaba en la atmósfera.

Fuerte y misericordiosa es el alma de la esposa del Caudillo. Fuerte y vigoroso es su cuerpo. Toma un caballo, sube sobre su lomo, y se va en gira hípica por campos y ciudades, por valles y sierras, al lado de Cipriano Castro. El salón le es familiar. Practica los cultos modales, tiene agudeza en los parlamentos, baila todas las danzas. Conoce su puesto de gran señora.

Doña Zoila ha entrado en el corazón de los venezolanos. Ocupa su puesto de mujer. No interviene en los asuntos de la política que son únicamente del esposo. Enjuga las lágrimas, eso sí, que es misión de mujer santa y obra meritoria para la humanidad.

EL GENERAL JUAN VICENTE GÓMEZ

CON el glorioso Caudillo vino del Táchira; con él peleó en la odisea victoriosa hasta «Tocuyito.» A él le encomendó Castro muchas victorias hasta la final de Angostura; con él vino á Valencia.

Es Juan Vicente Gómez una prolongación del brazo de Castro. El Caudillo manda, él obedece. Le ordena vencer y vence. Aprendió con su Jefe la actividad, la constancia, el empuje. Primero muerto antes que presentarle malas cuentas al amigo. Corazón sereno, alma pura, no conoce otra línea de conducta que la lealtad y la decisión. Su adversario es el adversario de su Jefe. Su punto de mira es Cipriano Castro. Estos hombres superiores; estos adalides de los pueblos, siempre tienen brazos que lo secunden, que ejecuten la idea salida del rayo de su inspiración.

Gómez es una prolongación del brazo de Cipriano Castro.

EL CLUB CENTRO DE AMIGOS

LA tarde del viernes 18 obsequió el Club «Centro de Amigos» al General Castro y su señora esposa con un *Garden Party*. Este Club es centro de cultura, salón de Valencia, oasis en las horas fatigantes del hastío. Allí concurre todo lo selecto de la ciudad, allí se obsequia al transeunte merecedor de halagos, allí se pasan horas fraternas.

Las horas que pasamos en la fiesta ligera fueron deliciosas. La confraternidad, la música, las bellas mujeres, las flores, los perfumes, formaron un conjunto de armonías en el recinto espacioso.

A las once de la noche salimos de allí con el anuncio de la próxima fiesta.....

DÍA DIEZ Y NUEVE

LOS TELARES

EN la mañana del sábado visitó el General Castro los Telares de Valencia. Fué recibido por el señor Francisco de Sales Pérez y sus apreciables hijos Henrique y Antonio. Aquella fué la

fiesta del trabajo, pero del trabajo inteligente, del trabajo de arte, en que las máquinas parecen tener alma que dirigen la labor mecánica. La Champaña rió en las copas cristalinas, en tanto que las máquinas hilaban la camisa del obrero.



EL DOCTOR JULIO TORRES CÁRDENAS

A las tres de la tarde de ese día debía llegar el doctor Torres Cárdenas. León Paz Guerra lo había anunciado en la mañana en un boletín especial. A la hora indicada un inmenso gentío de la ciudad acudió á la Estación á presentarle la bienvenida al hijo de Valencia. La Banda del Estado estaba también esperándole. Llegó el tren, rompió la música en armonías, y el gran murmullo humano se extendió por la amplia Estación como una extraña música de los corazones.

A todos tendió el brazo el ausente. A todos envió la amable sonrisa de su satisfacción. Venía á su tierra que lo vió partir un día al lado del Vencedor, y su tierra quería rendirle el testimonio de su cariño porque había sabido honrar su nombre.

Torres Cárdenas es un joven jurisconsulto. Reposado, discreto, de talento, su labor al lado del Jefe de la Restauración ha sido eficaz. El General Castro lo distingue con su alta deferencia

con su confianza absoluta, cual sabe hacerlo con aquellos que bien le sirven en su obra. Desde que el triunfo fué el gaje de la heroica lucha de Castro, Torres Cárdenas ocupó á su lado el alto puesto de Secretario General, y hasta hoy se conserva en él como el primer día, incorruptible, sereno, laborioso, llevándole al Jefe el caudal de sus aptitudes y ofrendándole la más pura flor de su lealtad, de su decisión, de su admiración.

Es admirable este tino de Castro al escoger sus colaboradores y ser consecuente con ellos, cuando marchan por el recto camino. En esta Epoca Nueva, Castro se ha rodeado de flor de Juventud, de planta moderna, de ejemplares vigorosos, fortificados en el honor, templados en las luchas, alumbrados por luz de inteligencia. Los tráfugas, los traidores, los sicofantes, los débiles, los indecisos, quedaron atrás, como una ruina humana, aplastados por el poderoso carro de la Restauración.

De la Estación alemana se dirigió el doctor Torres Cárdenas, en medio de los agasajos de sus amigos, á la morada del General Castro y en seguida á la suya. Pocos momentos después el Jefe del País le hacía una visita cordial, tendiéndole los brazos al leal amigo. Reinó la expansión, la nota íntima, el contento en todos. Aquello era el hogar cobijando los más puros sentimientos de las almas. La música vino á traducir en sus notas la alegre armonía reinante, y las damas, como flores vivientes, perfumaron con sus gracias aquel recinto de paz, aquel oasis de ventura.

Y las damas y los caballeros hicieron honor á las armonías de la música, rimándola al compás del vals.

LA JUVENTUD VALENCIANA

LA casa del señor Passios fue la elegida para efectuarse el baile con que la juventud obsequió al General Castro la noche del sábado 19. Gonzalo de Castro ofreció el obsequio en unión de A. I. de Guruceaga, Francisco Mandry, R. Paz Cortés y Victor A. Rodríguez. Esta *soirée* fué íntima, cordial, elegante, y vino á decir á Castro, que la juventud estaba con él como una fuerza, que la juventud lo aclamaba como su Conductor, como el que le había de marcar el rumbo al porvenir.

DOMINGO VEINTE

SALUDÓ el sol á Valencia ese día con más cariño, y las músicas del éter preludiaron un canto desconocido. Yo no sé qué sugestión maravillosa ejerce en mi espíritu el día domingo. Ese día tiene para mí todos los encantos de la niñez y posee el

dón de infantizarme. Me siento niño, cándido, hipnotizado de alegría. La música tiene más armonía; las muchachas aman mejor; el viento es más suave; los manjares son más gustosos al paladar; los hombres son más buenos; la alegría más sana. El domingo es una copa de champaña. El domingo la Naturaleza se viste de limpio y Dios está alegre.

La mañana de ese día fuí á la morada del Presidente. Había allí movimiento inusitado; todos los rostros estaban plácidos. El General andaba de una parte á otra, parlando. Torres Cárdenas comunicaba órdenes con satisfacción, la sonrisa en la faz, el brillo en los ojos. Carnevali Monreal iba y venía; hablaba con el General, saludaba á los concurrentes, prodigaba su verbo. Alegre también. El doctor Revenga ponía su mano en el hombro de los amigos, pasaba con su paso corto y rápido, sonreía. También alegre. La matrona de la casa, señora doña Zoila de Castro hablaba llena de júbilo. Los Edecanes daban paso á todos. Se celebraba un acontecimiento. El corazón del Jefe había sido tocado de la magia del domingo. Había ordenado la libertad de los presos políticos.

Y todo era contento en aquel recinto, y la noticia se esparció por la ciudad como un ala de Esperanza, como una caricia de misericordia.

Salve invicto! Salve magnánimo! Salve triunfador!

LA GRAN SOIRÉE

Quiso retribuir Castro los obsequios; quiso que se tuviera en Valencia un recuerdo de su cultura social; quiso que el Arte cantara en el recinto del Club «Centro de Amigos,» y ofreció á la sociedad valenciana una suntuosa *soirée* la noche del domingo.

El quiosco, levantado á la entrada, en el centro del patio principal, lucía una maravillosa combinación eléctrica como flores luminosas. Caracas quiso enviarle á Valencia, por iniciativa de Castro, la magia de su arte, el perfume de sus flores, el hálito de su entusiasmo. Y todo vino en un día, y el espacioso local del Club fue trocado en palacio encantado. La mano de Maury, mano de esteta, puso su dirección allí y aquello fué un milagro de arte. Rosas pálidas, cayenas encendidas, crisantemos astrales; diamantes pulidos, esmeraldas de esperanza, zafiros celestes, toda esa gama de colores fingían las mil luces esparcidas por el recinto. El buffet exhalaba su aliento vital, ganoso de restaurar las fuerzas de los felices concurrentes. El buvet, ávido de expansión encerraba en sus botellas la alegría dispuesta á reír infantilmente en las copas resonantes del champaña. El día estaba en todas partes: en los salones, en los pasillos, en los patios, en los corredores, en las toilettes. Pero un día

perfumado, un día con alma, un día que cantaba el triunfo de la santa Alegría. Los profesores estaban contentos, los parejas discurrían. El dolor había huído despavorido. Las almas se diafanizaban y había en todas ellas una lira armoniosa.

Resonó la música preludiante. Un gusto lírico brotó de los labios. Comenzó el ritmo del baile, las manos enlazadas, cerca los corazones, los rostros luminosos. Allí había amor porque á la entrada del recinto se dejaron las pasiones que empequeñecen el alma. Allí estaba el Conductor de un pueblo joven, de un pueblo vigoroso, de un pueblo que había llevado en triunfo desde el Avila hasta el Potosí el estandarte de los libres. Y aquel conductor, despojado de los arreos del guerrero, era fianza de cordialidad y luz de la fiesta.

De Caracas habían venido algunas damas á realzar con su presencia estos actos del patriotismo. Allí estaban en el baile. Griselda Torres era reina. Tenía la corona de la belleza y el cetro de la elegancia. Amparo Cecilia de Castro salida de yo no sé qué Pactolo milagroso, lucía el oro diluido de sus cabellos, las rosas desvaídas de sus mejillas, la gracia inimitable de sus ademanes principescos. Rosalía de Castro, vivaz é inquieta, sustancia de sensibilidad, prodigaba la sal de su *sprit*. Las señoritas Herrera Malpica cautivaron con sus gracias. Y las señoras de De Castro, de Razzeti, de Páez Pumar, de Herrera Manrique, de Ibarra, de Martínez, de Bello, de Víctor A. Rodríguez admiraron por su condición de matronas de alto coturno.

De La Victoria también llegaron sus flores. La señora Yépez de Blanco, de Berg, las señoritas Díaz Peña, María Alcántara, Regina Gómez, Ana Valero, las señoritas Jiménez.

¿Y Valencia? Valencia estaba allí representada por las señoras de Rodríguez, de Jiménez, de Núñez, de Passios, de Pérez Melo, de Fortique, de Alzuro, de González Zárraga, de Henrique González, de Pérez Carreño, de Araujo, de Hernández Madriz, de Sambuc, de Tinoco; y por las señoritas Passios, Pérez Melo, Manuela Codecido, Magdalena y Carmen Núñez, Carmen Fortique, señoritas Espinal, Reverón, Vizcarrondo, Alzuro, Linero, Tinoco, Sánchez Coronel, Altamira, Cecilia Zárraga, Corao, Herrera, y tantas otras que perfumaron el ambiente con el aroma de su belleza.

Y en medio de todas las damas, dominando el conjunto con sus complacencias, con su actividad, con sus gracias, la señora doña Zoila de Castro, como complemento de la fiesta.

Yo gozaba de aquel espectáculo de belleza y lo observaba todo. Veía al General Castro gozoso y me llenaba de placer por su satisfacción. El General Castro oye la música con oído de artista. La música ejerce en su espíritu una extraña sugestión. Al compás de sus notas baila con entusiasmo, se electriza, sigue la cadencia, marca la rapidez de los *alegres*, reconcentra su alma en ese momento psicológico.

Cuando veía bailar al General me acordaba de sus batallas. Sus nervios vibrantes debían despedir una luz extraña en esos momentos en que estaba pendiente de la victoria.

La fiesta se prolongó hasta la madrugada. De allí salimos pensando en la Vida Nueva, en el porvenir de ventura que se le presenta á Venezuela al calor de este Sol vivificante.

EL MINISTRO DE HACIENDA

EL doctor José Cecilio de Castro acompañó al Presidente en esta excursión trascendental. Es el doctor de Castro uno de esos hombres nacidos para ser útiles á su patria. Activo, inteligente, laborioso, colabora en la Administración del General Castro con fe, decisión y eficacia. Fué á Europa á cumplir una misión diplomática y después ha ocupado los altos puestos de Gobernador del Distrito Federal y Ministro de Hacienda, el cual ejerce en la actualidad.

El doctor José Cecilio de Castro se distingue por la lealtad á su causa, por su competencia en todos los ramos de la Administración y la política y por su lucida inteligencia para resolver los problemas. De una refinada cultura, posee el dón de atraerse las voluntades, de inspirar el respeto, dando paso franco á la cordialidad.

El doctor de Castro es uno de los eficaces colaboradores que ha sabido escoger el Caudillo para emprender su obra de reconstrucción.

VIAJEROS

ANGEL Carnevali Monreal es un luchador. Adicto al Jefe le ofrece su lealtad. Tiene por escudo su talento y por arma de combate su pluma. Carnevali Monreal vino de Caracas con el General Castro á compartir con su Jefe las horas de expansión carabobeña.

José Rafael Revenga es una alma de sinceridad, una inteligencia encaminada al bien y un médico de talento. Sirve al General Castro con eficacia y tiene el dón de atraerse las voluntades. También vino con el Jefe, y vinieron también Simón Bello, deudo del Presidente, valiente General, alma templada en la lucha y energía al servicio de su Jefe. Doctor Luis Razzeti, el señor Uslar, Herrera Manrique, Andrés Ibarra y Guillermo Pimentel.

LA VICTORIA

EL General Castro quiere á La Victoria. Allí ha recibido siempre agasajos, y sus oídos han escuchado las dianas del triunfo. Francisco Linares Alcántara, joven General, heredero de nombre ilus-

tre y con condiciones para brillar, es el Magistrado de Aragua. Linares Alcántara quiere al Caudillo como á un padre. El Caudillo le ha brindado su afecto y él se hace cada día merecedor de él, y el nombre de Castro está en su corazón y en sus actos. No podía venir á Valencia su Jefe sin que él lo acompañase. Aquí gozó de los claros días valencianos. Junto con él vino Manuel Blanco, amigo que quiero desde los tiempos en que la suerte nos lanzó á los dos á una fría región de la República.

HABLANDO un día con el Dr. Razzeti me expresó su satisfacción por la cumplida caballerosidad del señor Pedro Francisco del Castillo para con sus huéspedes. «No nos falta nada, absolutamente nada,» me dijo. «Desde el perfume exquisito hasta el objeto más insignificante, todo lo tenemos. Ha acogido al General como cumple á un caballero de su temple.» Y es que el señor del Castillo es un perfecto caballero.

MUNIFICENCIA

QUIZO el General Castro que los desheredados de la suerte también tuvieran su «domingo» y ordenó las siguientes dádivas: Bs. 2.000 al Asilo de Huérfanos, Bs. 4.000 al Asilo de Pobres, Bs. 4.000 á la Beneficencia, Bs. 2.000 á las Hermanitas de

los Pobres, Bs. 2.000 á las «Hermanas de San Francisco,» Bs. 2.000 al Hospital Civil y Bs. 2.000 como un auxilio al «Colegio de Lourdes.»

LAS VISITAS

DE todos los distritos vinieron comisiones á complimentar al General Castro. Amigos y servidores vinieron á ofrecerle su bienvenida. El General Juárez llegó de Barquisimeto. Los generales Juan Casañas y A. Tellería vinieron del vecino puerto. El General José Antonio Dávila llegó del Yaracuy.

EL GOBIERNO DEL ESTADO

EL General Víctor Rodríguez y el doctor Andrés Octavio Jiménez se han multiplicado en esta insólita recepción. Han desarrollado toda su actividad y han colaborado con eficacia en el cariño de Carabobo á su Jefe.

UN RECUERDO

EL día del Banquete popular recibió mi querido amigo León Paz Guerra un bello telegrama del Doctor Torres Cárdenas que leyó en aquel acto, en medio de aplausos. Paz Guerra pocos momentos antes había expresado su admiración por el Caudillo en un elocuente discurso. Inserto en seguida el telegrama del Doctor Torres Cárdenas:

« Señor León Paz Guerra.

Valencia.

Me congratulo con usted por la brillante recepción que le han hecho al General Castro y de la cual me das noticia en términos entusiastas, reveladores del contento de todos.

Es natural que la tierra donde se selló la independencia de Colombia, vista las galas de su patriotismo y cultura, para brindarle noble hospedaje al compatriota que, al frente de los destinos de Venezuela, en oportunidad reciente refrendó con las energías de su alma honrada los títulos de la patria á su independencia, que suscribieran en ese histórico suelo con su sangre generosa, Cedeño y Plaza y el noble Negro Primero. Ese entusiasmo de que me hablas, me lo figuro magnífico, soplado por la musa épica de la historia patria, que religiosamente vigila sobre los panteones que guarda

en sus entrañas sagradas la pampa inmortal de Carabobo.

Yo siento no haber podido compartir con ustedes tan legítimas alegrías, pero desde aquí acompaño al Jefe en esas satisfacciones, que compensan en algo su ruda labor por el bienestar nacional y asisto con el pensamiento y con el corazón á los actos que la admiración y gratitud de Carabobo tienen dispuestos en honor del General Castro.

Soy tu amigo,

TORRES CÁRDENAS.»

LA PARTIDA

A las 5 y 45 minutos de la mañana del martes 22 partió el tren que conducía al Presidente de la República y su comitiva. Valencia se quedaba triste. Valencia se había acostumbrado á la presencia de Castro. Pitó la máquina, se puso en marcha el tren.

«¡¡ Viva el General Castro !!» gritó la multitud en la Estación.

Y el General Castro, irguiéndose, lleno de santa emoción, dijo con su potente voz de dominador :

«¡¡ Viva Carabobo !!»

TRASCENDENCIA NACIONAL

ESTE viaje del General Castro á Carabobo no ha sido un simple paseo recreativo y un objeto de satisfacción personal. Ha tenido por sobre todo una tendencia marcada del pueblo de Venezuela á la reconciliación, al olvido del pasado. Estos agasajos recibidos por el glorioso Caudillo son el lazo que une al pueblo con el Poder, son dos fuerzas que se mancomunan, es el principio de una Epoca sólida y perdurable. Venezuela ha conocido ya á su Jefe y ha puesto en él toda su confianza. El Jefe corresponde á ella con largueza y le ofrece el caudal de su talento y la eficacia de su energía.

Carabobo le ha dicho á Venezuela que Castro es el tiempo y que sólo á su lado podemos marchar al porvenir y á la gloria.

F. Salcedo Ochoa.

En Valencia, á 24 de Diciembre de 1903.

